

Chela Reyes

Otoño



MUJER que me gustas porque estoy en ti, yo soy el catador de los vinos maduros, de las frutas dulces y caídas, del viento cargado de enervantes adioses vegetales, y amo el color dorado, el púrpura viejo y luminoso de los vinos trasegados en el oro enfermo de la estación, y amo las uvas escasas, en los parronales, en las viñas, en que tu señor va pintando cielos de atardecida.

No quiero el licor nacido de las primeras frutas ni su miel sin sazón. Sólo me es grato este gesto de maravilla; hundir las manos en los follajes multicolores, por tomar el pámpano esquivo y ponerlo entre tus dedos blancos como un racimo de gemas.

Y tú tienes que tener los ojos morados y la piel de ámbar tibio, y has de caminar como volando sobre las ojas caídas. Sí, algo de fruta de miel ha de tener tu cuerpo, y algo de hoja y de cielos maduros tus cabellos, para que puedas sentir en la raíz de tus nervios, estos profundos y enfermizos adioses vegetales.

Y has de sentir en el viento que arrastra los mantos rojizos de la naturaleza, la música cruel, y has de sentir

en las sombras de la noche, que van trepando sobre las tardes, aun pálidas, el velo del tiempo. Y que no tiemblen tus manos rubias, porque la vida pasa. Estás en tu minuto.

Y no te olvides que soy el catador de los vinos maduros, de las frutas dulces y caídas, del viento cargado de enervantes adioses vegetales, y amo el color de tu piel dorada, y el púrpura viejo y luminoso que tiene tu boca signada de desesperanza.

Otoño de 1934.